

PHILIP B. SMITH
MANFRED MAX-NEEF

LA ECONOMÍA
DESENMASCARADA

Icaria & **Antrazyt**
ECOLOGÍA

ÍNDICE

Comentario a la edición española, <i>Manfred Max-Neef</i>	5
Introducción: A favor de una nueva economía	9
Prefacio	13
I. Del conocimiento a la comprensión	17
II. La función de la economía en la sociedad	25
III. Keynesianismo: su auge y decadencia	37
IV. Honestidad y juicios de valor	63
V. La imitación de las ciencias exactas: reduccionismo, modelos matemáticos y Pareto	77
VI. El crecimiento económico	85
VII. La globalización	117
VIII. Compasión	145
IX. El mundo en curso de colisión y la necesidad de una nueva economía	155
X. Una economía humanizada para el siglo XXI	167
XI. Estados Unidos: una nación en vías de subdesarrollo	185
XII. Una enseñanza no tóxica de la economía	195
XIII. Implementación: de la aldea a un orden global	205

COMENTARIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA.

Manfred Max-Neef

El sistema económico que domina en el mundo actual no hace más que forzar a la gran mayoría de la humanidad a vivir con indignidad y pobreza. Además amenaza todas las formas de vida, incluso la vida misma. España es hoy, por desgracia, un buen ejemplo. El hecho de que se haya llegado a un punto en que son más las personas que mueren por suicidio que por accidentes del tránsito, nos lleva a plantearnos una pregunta fundamental: estos suicidios ¿son realmente suicidios, o son asesinatos de un sistema económico perverso?

¿Y por qué es perverso el sistema económico imperante? La economía, contrariamente a lo que nos cuentan, no es una ciencia. Es una disciplina cuya función es construir modelos matemáticos que pretenden interpretar y representar los procesos del mundo en que vivimos. Y es tal la adhesión a dichos modelos, que cuando las políticas económicas que se implementan basadas en ellos no funcionan, no es porque el modelo esté mal, sino porque la realidad hace trampas. Así, pues, no importa lo que ocurra, siempre se vuelve a insistir en lo mismo. Es siempre más de lo mismo lo que resuelve los problemas.

Si la economía fuese una ciencia, los economistas actuarían como científicos. Vale decir que si se constata que una teoría o modelo no funcionan, de inmediato se los descarta para buscar otras alternativas. Pues eso es exactamente lo que el economista no hace. Y como resultado tenemos un mundo manejado por políticos, asesorados por economistas que no conocen ni entienden la realidad.

La economía convencional (*mainstream*) se sustenta en teorías neoclásicas, de fines del siglo XIX, que se basan en una cosmovisión mecánica. Ello implica que lo único que persigue son metas cuantitativas representadas por el crecimiento medido a través del Producto Interno Bruto (PIB), que se ha convertido en el indicador fundamental para todos los países y se ha transformado en un fetiche que, a estas alturas, está haciendo mucho daño.

Puesto que el mundo no es mecánico, como supone la economía neoclásica, sino orgánico, como lo entiende la economía ecológica, no hay que sorprenderse de que la disciplina tal como se la enseña, crea economistas que no entienden el mundo real. Por lo tanto es imposible para ellos percibir la trascendencia de la interconexión inseparable entre economía, naturaleza y sociedad.

Los fundamentos de la economía dominante se componen de tres principios peligrosos. Primero, la obsesión del crecimiento con incrementos exponenciales del consumismo. Segundo, el supuesto de las externalidades, que desplaza de la responsabilidad de los procesos económicos, todos los efectos negativos. Tercero, la aberración macroeconómica de contabilizar la pérdida de patrimonio como incremento del ingreso. Cada uno de estos principios puede generar efectos negativos; pero los tres juntos pueden resultar devastadores tanto para la naturaleza como para la sociedad.

A la incapacidad de comprender el mundo real, hay que agregar la notable arrogancia de los economistas convencionales. En el momento de escribir estos comentarios me encuentro con un artículo¹ que analiza un libro recientemente editado por el profesor español Ignacio Palacios-Huerta. El articulista² manifiesta que es cierto que esta profesión (la economía) no previó la crisis financiera, pero aún así el editor escribe en la introducción que «los economistas saben más sobre las leyes de las interacciones humanas, y han reflexionado más profundamente sobre ellas y con mejores métodos *que cualquier otro ser humano*».³ Es bueno saber que la filosofía, el derecho, la psi-

1. *Diario La Tercera*, Chile, 15 de febrero 2014: «La guía del economista para el futuro». Hace referencia al libro *En 100 años* recientemente editado por Ignacio Palacios-Huerta en que participan una docena de economistas, incluidos algunos Nobel, contestando la pregunta de cómo será el mundo en cien años más.

2. Simon Kuper, *Financial Times*.

3. Itálicas mías.

cología, la sociología, la antropología, la medicina, y tantas otras, están de más. Para qué recurrir a ellas si basta con preguntarle a un economista.

Nuestro libro intenta explicar cómo y por qué se ha llegado a esta situación tan absurda, en que una disciplina decimonónica ha llegado a convertirse en una pseudoreligión que maneja un mundo que no entiende y cuya ignorancia se oculta detrás de dogmas que han logrado lavarle el cerebro a gran parte de la humanidad.

Esperamos que este libro ayude a la liberación de sus lectores. Frente a una religión perversa, la herejía es buena para la salud.

INTRODUCCIÓN: A FAVOR DE UNA NUEVA ECONOMÍA

Nuestra visión de un mundo justo nos condujo a elaborar este análisis crítico del pensamiento económico a comienzos del siglo XXI. En un mundo justo, todos los seres humanos se tratan entre sí con equidad, de modo que todos puedan vivir dignamente, sin temores y con los medios adecuados para satisfacer las necesidades universales de la humanidad. Por supuesto, nunca ha existido una sociedad verdaderamente justa. Pero no todas las sociedades son injustas por igual. Hay enormes diferencias en el grado de justicia de países diferentes y entre los diversos segmentos de la sociedad dentro de cada país. Esto da como resultado una imagen complicada, multidimensional. Aun así, en el núcleo, hay una relación simple entre la estructura de una sociedad y su nivel de justicia.

En pocas palabras, es la distribución del poder económico y financiero lo que determina cuán justa una sociedad es. Cuanto más concentrado esté el poder, menos justa será una sociedad. Esta relación simple es especialmente relevante en el paradigma económico sobre el que se fundamenta el neoliberalismo, que exalta el mercado desregulado. Puesto que un mercado desregulado (llamado «libre») conduce irremisiblemente a la concentración del poder económico, es decir, a la injusticia, queda claro que para construir una sociedad mejor que se aproxime más a la ideal, debemos mirar críticamente al paradigma de mercado, y preguntarnos si no puede ser sustituido por una alternativa más humanizada. Esta es la principal finalidad de este libro, que esperamos será de utilidad para aquellos que comparten nuestra visión de un mundo justo; por más que no resulte sencillo crear un mundo así. Aunque hay ahora, como siempre los

ha habido, muchos que dedican su vida a la justicia, el deseo de un mundo justo es lo menos extendido entre aquellos que más influyen sobre el destino de la humanidad, es decir, quienes detentan el poder económico y financiero.

La política y la economía no pueden estar separadas, pero en este libro nos centraremos en la relación entre la justicia y la organización económica de la sociedad. Así lo hacemos porque es la estructura económica del mundo global actual la que genera los mayores obstáculos para darle forma a una sociedad mundial más justa. El poder político está subordinado al poder económico, simplemente porque el poder económico y financiero concede el poder político a quienes ya tienen el primero, y, a la inversa, aquellos sin poder económico son despojados de los medios para ejercer el poder político. Sin duda, más allá de lo económico, los sistemas políticos injustos causan enormes sufrimientos, pero el régimen político de un país es visible y puede, en principio, ser combatido. No sucede lo mismo con el sistema económico, cuyos mecanismos son en gran medida invisibles.

En los que, en líneas generales, son definidos como países capitalistas, vemos un cierto grado de regulación de los mercados, por más que en las pasadas tres décadas haya habido una convergencia a favor de la desregulación, especialmente en los sectores monetario y financiero. Como ya hemos dicho, un mercado desregulado sin duda favorecerá una división injusta del poder; porque el mercado transfiere más riqueza y poder a aquellos que ya tienen mucho de ambas cosas, mientras que excluye a quienes no tienen la posibilidad de defenderse contra la explotación y la injusticia resultante. La colonización, el saqueo de los países más pobres (a los que se define como «la periferia» en el discurso del desarrollo) por parte de los poderes capitalistas, fue promovido inicialmente por medios políticos y militares. Pero fue fundamentalmente un acuerdo económico, según el cual los países más pobres aportaban mano de obra barata, materias primas y productos agrícolas, a la vez que servían como mercados para los productos manufacturados. Tal es también la función de lo que hoy se denomina globalización, y su sirvienta, la tan cacareada «competencia en igualdad de condiciones». Aquí prácticamente no es necesario el poderío militar, basta tan solo con un poder económico en gran medida invisible, para que continúe

este incesante y centenario proceso de expolio. Esto explica por qué la globalización es tan popular, tanto a escala nacional como internacional, entre aquellos individuos y naciones que más riqueza y poder tienen.

El sistema económico en el que vivimos no hace más que forzar a la gran mayoría de la humanidad a vivir sus vidas en la indignidad y la pobreza. También amenaza a todas las formas de vida; hasta a la vida misma. La despiadada arremetida contra la capacidad sustentadora de vida de los ecosistemas, provocada por el incesante aumento en décadas recientes de la producción y el consecuente envenenamiento y el agotamiento de las reservas, no es una característica fortuita del sistema. Es inherente al sistema; es una consecuencia directa de la visión de la vida, tanto humana como no humana, fomentada por el pensamiento económico neoliberal; que, como corolario a su *raison d'être* fundamental, el enriquecimiento de los pocos, solo es capaz de reconocer valor a los objetos materiales. La obsesión con el crecimiento de la producción, característica de este patrón de pensamiento, no es una concepción errónea que los economistas ortodoxos puedan desaprender. Es algo inherente a su visión de la vida. De ahí que otro motivo igualmente importante para escribir este libro sea el intentar promover una nueva visión de la vida misma, presentando una crítica convincente del paradigma económico dominante, para contribuir a transformar nuestra sociedad en una en la que todas las formas de vida estén protegidas contra los ataques. Solo una sociedad así podrá ser sostenible. Un sistema socioeconómico basado en el paradigma del crecimiento jamás será sostenible.

Rechazamos la afirmación superficial de que la organización de la sociedad que nosotros deseamos promover contradice los principios de la economía. Todo dependerá de qué principios económicos se consideren. La etimología de la palabra economía (oikonomia, que significa el cuidado de la casa) sugiere que esta sería la disciplina que uno esperaría que estableciera las reglas necesarias para asegurar la protección de aquello que defendemos. Pero la economía, tal como hoy está planteada esta disciplina (excluyendo a la economía ecológica), no dispone de mecanismos que proporcionen tal protección. Está centrada en aumentar la producción sin límites, y el paradigma sobre el que se sustenta postula, por muy increíble que parezca, que los ecosistemas son invulnerables a los daños que la humanidad pueda

causar. Otro postulado básico es que la naturaleza tiene la capacidad de proveer eternamente a la humanidad con una cantidad ilimitada de materias primas. Oikonomia, en cambio, sugiere que tú te encargas de que la «casa» esté bien proveída, tanto mañana como en el futuro. Pero el economista neoliberal parece totalmente resuelto a explotar la «casa» hasta el límite, y no está interesado en el futuro de la vida en la Tierra, más allá de las cifras de los próximos trimestres.

Hemos hablado de justicia y sostenibilidad. Es posible que ambos conceptos no sean, a corto plazo, sinónimos. Pero nos resulta sumamente difícil imaginar un mundo donde, durante un largo período de tiempo, la sociedad pueda funcionar sosteniblemente pero sin justicia. La poderosa resistencia que los economistas ortodoxos, y las teorías que defienden, presentan ante quienes deseamos forjar un mundo más justo y sostenible no están exentas de juicios de valor, sino que intrínsecamente se oponen tanto a la justicia como a la sostenibilidad. El paradigma de la economía moderna no es el de cuidar la casa, sino el de la explotación (crematístico, en el sentido aristotélico; ver más sobre esto en el Capítulo 4). El comportamiento humano codicioso, que a lo largo de la historia humana ha sido condenado por todas las religiones y por todas las escuelas filosóficas, es hoy considerado algo loable en el mundo de la economía ortodoxa. Pero no se puede estar a favor de la codicia y de la justicia al mismo tiempo, ni se puede defender el futuro de la vida, si hoy explotamos ilimitadamente las riquezas del planeta.

Como ya hemos dicho, hay economía y economía. La mayor parte de este libro está dedicada a mostrar que, puesto que la disciplina económica ha evolucionado a partir de diversas posibilidades, se han escogido construcciones teóricas que apuntalan la injusticia. La ordenación económica de la sociedad se ajusta a los intereses de quienes más se benefician de ella; y no es ninguna coincidencia que sean los mismos que detentan el poder, el poder de mantener intacto el ordenamiento que más les conviene. La historia no nos brinda ejemplos de poderosos que voluntariamente cedan su poder a los desvalidos. Por lo tanto, probablemente estas palabras no induzcan a los satisfechos a favorecer un cambio en el ordenamiento económico del mundo. Pero las palabras tienen su poder, y tal vez el poder de estas palabras contribuya a que la humanidad avance hacia un futuro mejor.

PREFACIO

La historia detrás de este libro

Este libro es el resultado de un largo diálogo entre un físico y un economista.

Philip Smith, que obtuvo su doctorado en física en la Universidad de Illinois, dio clases durante siete años en Brasil –un exiliado de la era McCarthy– y posteriormente, durante 25 años, en la Universidad de Groningen, Holanda. Después de su jubilación, informó a sus amigos y colegas de que había leído «tres metros lineales de libros sobre economía» y que se sentía preparado para debatir sobre esta disciplina. Su motivación fue su profundo compromiso de toda la vida con la justicia social. Como físico fue un miembro destacado de Pugwash, una organización en contra de la proliferación nuclear, cuyo ámbito de trabajo no se limitaba estrictamente a las armas nucleares. Philip estaba principalmente interesado en las opciones éticas que se le presentan a toda sociedad, la economía y el medio ambiente. Durante su travesía por esos tres metros de libros, comprendió no solo que la economía neoclásica era una pseudociencia llena de inconsistencias y fracasos, como consecuencia de intentar parecerse lo más posible a la física, sino también que el propósito esencial de la disciplina, en su versión neoclásica, era de funcionar como defensora del statu quo de la riqueza y el poder. Era una disciplina claramente ajena a cualquier posibilidad de justicia social.

A su vez, yo (Manfred Max-Neef) me recibí de economista en la Universidad de Chile, y comencé mi carrera académica a los

27 años, como profesor en Berkeley durante los primeros años de la década de 1960. Después de mi etapa californiana, trabajé para la Organización de Estados Americanos y posteriormente para la FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura) y la OIT (Organización Internacional del Trabajo) de las Naciones Unidas, en zonas rurales y urbanas de extrema pobreza. Fue entonces cuando un día, en un pueblo de los Andes, estaba yo de pie en medio del barro y frente a mí, también en el barro, se hallaba un hombre delgado, hambriento y sin trabajo, con cinco hijos, una esposa y una abuela. Mientras nos mirábamos el uno al otro, me vi abrumado por la repentina constatación de que carecía de un lenguaje que tuviese algún sentido en semejante situación. Todo mi discurso como académico económico convencional era completamente inadecuado para que pudiese decir algo significativo. Estaba acostumbrado a diagnosticar y analizar, pero no estaba acostumbrado a comprender. Sabía todo sobre la pobreza y tenía todas las estadísticas, pero aun así allí estaba, mudo, mirando a la pobreza a la cara. Para mí quedó claro que debía inventar un nuevo lenguaje. Tal fue el origen de mis «principios de economía descalza», y mi renacimiento como un completo disidente de la economía ortodoxa por su incapacidad para interpretar la pobreza y, por consiguiente, la justicia social.

Fue simplemente una cuestión de sincronicidad jungiana que los senderos del físico y del economista acabaran convergiendo. El encuentro se dio en agosto de 1996 en Amsterdam, durante el Congreso sobre Desafíos al Desarrollo Sostenible, organizado por la Red Internacional de Ingenieros y Científicos por la Responsabilidad Global. Philip y yo coincidimos en un taller e inmediatamente surgió una empatía recíproca. Siguieron largas y animadas charlas durante las dos tardes que pasamos caminando junto a los canales de Ámsterdam y bebiendo algunos buenos vinos chilenos. Nuestra amistad se consolidó. Intercambiamos correspondencia frecuentemente y, unos cinco años después, surgió la idea de que podríamos escribir un libro juntos, con la intención de demostrar cómo era la economía detrás de su máscara de supuesta ciencia exacta, matemática y libre de juicios de valor.

Invité a Philip para que viniese a Valdivia, cuando era Rector de la Universidad. Permaneció aquí durante tres meses de intensas, entretenidas y a menudo graciosas conversaciones sobre economía,

justicia social, trascendencia, espiritualidad, teoría del caos y física cuántica. Flotábamos alegremente en una maravillosa transdisciplinaridad que nos acercó cada vez más a comprender la frustrada relación entre la economía y el mundo real. Decidimos que Philip escribiría un borrador de la primera parte del libro, centrándose en el análisis crítico de la economía del desarrollo, y que yo posteriormente escribiría una parte adicional, con propuestas para una nueva economía, coherente con los desafíos del siglo XXI. Discutimos sus borradores por correo, y estuvimos totalmente de acuerdo con la versión final que se presenta en este libro.

Cuando tuve mi parte terminada, viajé a Groningen para visitar a Philip y mostrarle mi contribución. Una vez más, estuvimos de completo acuerdo, pero desafortunadamente él estaba bastante enfermo y unas pocas semanas después su corazón dijo basta; falleció el 15 de diciembre de 2005. En consecuencia, Philip no llegó a ver el resultado final, pero estoy seguro de que, esté donde esté, lo aprobará. Cuando me despedí de él, me dijo: «Manfred, asegúrate de que el libro se publique; quiero que sea mi testimonio final para el mundo». Estoy, por lo tanto, extremadamente feliz porque este testimonio perdurará.

El libro es obra de ambos. No obstante, Philip es el principal responsable de los Capítulos II al VIII; yo lo soy de los Capítulos I y del IX al XIII. Aunque a lo largo del texto utilizamos preferentemente la palabra «nosotros», en el Capítulo 4 el «nosotros» ha sido sustituido por el «yo» porque el contenido expresa una reflexión profundamente personal de Philip sobre la honestidad y los valores. Sin embargo, es una reflexión que comparto plenamente.

Esta aventura conjunta, intelectual y espiritual, con Philip ha sido una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida. Fue también fascinante constatar personalmente cuán fácil es para los expertos en ciencias naturales descubrir las muchas inconsistencias y absurdidades matemáticas de la economía, una vez que deciden familiarizarse con esta disciplina. El de Philip es un caso similar al de Frederick Soddy, laureado con el premio Nobel de Química, que a comienzos de la década de 1920 escribió un par de libros en los que demostraba que había comprendido la economía mucho mejor que la mayoría de los economistas; por tal razón fue ridiculizado y excomulgado del establishment económico, y sus libros fueron

eliminados de las listas de lecturas para los estudiantes. Hoy día las verdades de Soddy continúan siendo incuestionables, y estoy seguro de que lo mismo sucederá con las verdades de Philip Smith.

Manfred Max-Neef,
Valdivia, Chile, enero de 2011